

Capítulo 174

El monstruo volando por los aires.

Las fauces mostrando sus afilados dientes.

La criatura se abalanzó hacia adelante con los intestinos colgando detrás.

Todos se quedaron completamente blancos.

Pero eso no fue todo.

Todos los monstruos que se encontraban dentro del alcance de la magia de Alon también se oxidaron hasta volverse de un blanco puro.

Ssshh...

Se dispersaron.

No fue nada llamativo.

No hubo una explosión que sacudiera la tierra.

No fue tiránica.

Tampoco era abrumador.



Simplemente se dispersaron.

Como muñecos de nieve que se derriten lentamente con la llegada de la primavera.

Todos los monstruos del dominio mágico de Alon se convirtieron en nada más que copos de nieve a la deriva.

Monstruos.

Fauces.

Criaturas.

Incluso el árbol que las engendraba sin cesar.

Y...

«Esto es absurdo...».

—El apóstol también.

Así como las leyes de la naturaleza se aplican por igual a todos.

El espacio mágico que Alon había creado otorgaba una ley igualmente absoluta a todo lo que había en su interior.

Alon la miró fijamente.



Ella contempló su propio cuerpo, que se desintegraba poco a poco en diminutos fragmentos, como si fuera incapaz de comprender la situación.

Intentó desesperadamente invocar su magia para contrarrestar la de Alon, tratando de congelarlo todo en un último esfuerzo por escapar.

Pero, por desgracia para ella, cualquier magia que reunía se congelaba en el momento en que emergía.

«Este poder es...».

Su voz temblorosa, llena de incredulidad, se detuvo abruptamente.

¡Crack!

Una fisura se formó en su rostro pálido y congelado antes de que se rompiera por completo.

Y en la vasta caverna, no quedó nada.

Rine se quedó mirando fijamente la espalda del marqués Palatio.

Su abrigo, adornado con cristales de hielo, revoloteaba mientras formaba sellos con las manos, con seis brazos helados extendiéndose desde él.



La reverencia en el silencio que él imponía.

Y Alon...

... sintió ganas de vomitar.

El estómago se le revolvió por la magia que había exprimido hasta el límite, y solo entonces liberó el sello.

¡Crackle!

Las seis manos detrás de él se convirtieron en copos de nieve, igual que los monstruos, y se esparcieron por el aire.

«... Al menos las cosas salieron según lo planeado».

Alon recordó al apóstol, cuyo rostro se había quedado paralizado por la incredulidad antes de desaparecer entre los copos de nieve blancos.

Había dos razones por las que había logrado derrotar al Apóstol esta vez.

En primer lugar, el espacio era lo suficientemente pequeño como para que su magia lo cubriera por completo.

En segundo lugar, había predicho que la Apóstol bajaría la guardia.

Él sabía desde el principio que su objetivo era llevar a Rine al límite de su capacidad mental y emocional, obligándola a despertar al pecado.



Esta vez, también había mitigado la debilidad de su magia.

El hechizo que había desarrollado con Penia era inmensamente poderoso.

En el momento en que alguien quedaba atrapado dentro de la fuerza expansiva de la magia entrelazada con tres o más sellos, la única forma de escapar era con una magia abrumadora que pudiera barrer por completo el poder de Alon o con una fuerza física pura e imposible.

Eso no era todo.

Al alterar por la fuerza la estructura molecular de la magia, aumentó la resonancia elemental dentro del espacio, permitiendo que incluso el hechizo más pequeño reverberara en todo el dominio.

Y podía elegir qué hechizo manifestar.

Pero incluso esta poderosa magia tenía un defecto fatal.

La prisión mágica era extremadamente frágil frente a impactos externos.

Una vez dentro, no había escapatoria.

La magia expansiva restringía las capacidades físicas del oponente.

Las moléculas mágicas endurecidas interferían con sus hechizos e incluso alteraban su capacidad para lanzar magia.



Pero desde fuera, era como un globo.

Una sola fuerza externa, ya fuera magia o fuerza bruta, podría desestabilizar las moléculas que sostenían la prisión mágica y hacerla colapsar al instante.

«... Tengo que encontrar una forma de arreglar esto pronto».

Alon y Penia ya sabían cuál era la solución.

Era sencillo: solo tenía que renunciar a la expansión y conectar los sellos directamente.

Pero en ese momento, Alon no podía hacerlo.

Necesitaba usar todo su poder y expandir la magia solo para asegurarse de poder cubrir el rango necesario.

Al final, solo había conseguido capturar tanto al apóstol como a los monstruos porque el tamaño de la caverna estaba dentro de su alcance y porque el apóstol había sido descuidado.

«... Aun así, para ser la primera prueba de campo, salió bien».

Alon se alegró en secreto de que la magia que había ideado hubiera funcionado según lo previsto.

Por supuesto, no lo demostró.

En cambio, se volvió hacia Rine con una mirada impasible.



«¿Estás bien?».

«... Sí, estoy bien, padrino».

Ella dijo esas palabras, pero su tez decía lo contrario.

«Deberíamos regresar por ahora».

Su voz denotaba un ligero tono de preocupación.

Alon despertó a Evan, que estaba inconsciente, y salió de la caverna con él y Rine.

Evan, que había estado inconsciente y no sabía nada de lo que había sucedido, pronto se enteró de los detalles gracias a Rine.

«¿Si escuchas esa cosa, mueres?».

«Sí. Sea lo que sea de lo que hable, es algo que nunca se debe escuchar».

«... ¿Qué diablos significa eso?».

A diferencia de Evan, que ladeó la cabeza con desconcierto, Alon lo entendió de inmediato.



Había oido hablar de ello antes e incluso había experimentado algo similar en Raksas.

«... Pero nunca imaginé que habría alguien capaz de convertir el conocimiento en un arma».

Alon miró a Rine.

Al ver su rostro lleno de incertidumbre, dudó.

«... Sin duda sabía algo sobre el Apóstol».

Su reacción anterior, sus propias deducciones... todo apuntaba a que el Apóstol tenía alguna conexión con el pasado de Rine.

—Rine.

«... Sí, padrino».

Su respuesta fue más lenta de lo habitual.

Alon estudió su rostro con atención.

Su tez se había recuperado ligeramente.

Pero una emoción diferente brillaba en sus ojos.

Una ansiedad leve pero inconfundible.



Al darse cuenta de ello, Alon dudó brevemente antes de tomar una decisión.

«... Ya has pasado por bastante. Descansa cuando regresemos».

Decidió no insistirle sobre su pasado.

Tenía curiosidad, por supuesto.

Pero era obvio.

Ella no quería hablar de eso.

Aun así, si Alon se lo preguntaba, seguramente le respondería con sinceridad.

Pero él no quería obligarla a sacar a relucir algo de lo que ella no deseaba hablar.

«Gracias, padrino».

Rine inclinó la cabeza.

Para un extraño, parecería una simple expresión de gratitud por su preocupación.

Pero Alon sabía que no era así.



Ella había reconocido su consideración y le estaba dando las gracias por ello.

«... ¿Qué pasa con ustedes dos, que me dejan fuera de esto?».

Evan, incapaz de captar el sutil ambiente, simplemente miró confundido de Alon a Rine y viceversa.

Cuando el sol comenzó a ponerse, Alon había regresado a Lartania y se encontró con Deus, que acababa de regresar del laberinto.

«Has vuelto antes de lo que esperaba».

«Sí, encontrar el camino fue fácil, así que pude recuperar lo que necesitaba rápidamente».

Una sonrisa de satisfacción se dibujó en los labios de Deus, como si hubiera adquirido algo valioso.

«¿También ha conseguido lo que quería, marqués?».

«Sí».

Alon asintió con la cabeza, tocando distraídamente el artefacto «Huellas del pasado» que llevaba en el bolsillo.

En realidad, debería haber regresado solo después de terminar todas sus conversaciones con Kyrrus.



Estrictamente hablando, solo había obtenido la mitad de lo que realmente buscaba.

Pero había una razón por la que aún podía decir con confianza que había conseguido lo que quería.

«Ahora ya no tengo que volver allí para reunirme con Kylrus».

Recordó lo que Kylrus había dicho justo antes de salir del reino mental.

[No te preocupes, chico. Aunque te vayas ahora, en el momento en que me conecté a este lugar, me vinculé a ti. Siempre que actives el medio, podrás invocarme aquí en cualquier momento. Entonces continuaremos nuestra conversación].

Un intercambio muy breve.

Por supuesto, para volver a usar «Huellas del pasado», necesitaría reponer su maná.

Pero eso no era un problema importante.

Si no ocurría nada catastrófico, podría recuperar suficiente maná en un mes.

«... Dicho esto, en Psychedelia solo podía usarlo en ese lugar específico. ¿Por qué?».

Alon reflexionó brevemente sobre esta curiosa inconsistencia antes de que Deus tomara la palabra.



—Marqués.

«¿Qué pasa?».

«Ya lo verás».

Deus enderezó la postura con una leve sonrisa, irradiando una tranquila confianza, casi como un niño que busca elogios.

«... Agradezco el regalo, pero no te excedas».

«Entiendo».

«Entonces, ¿ya has terminado tus asuntos en Lartania? ¿Vas a regresar ahora?».

«No, tengo que pasar por Raksas para hacer algo».

Deus añadió que había materiales que necesitaba adquirir allí.

Por un momento, Alon se preguntó si había oído lo que acababa de decir.

En ese momento...

[Mmmm... Eso fue refrescante].

Una voz familiar resonó.

Alon miró hacia abajo.

Basiliora, que se había mantenido inusualmente en silencio dentro de su anillo hasta que regresaron a Lartania, finalmente había salido.

[...¡Vaya! ¿Quién demonios es ese tipo?]

En cuanto vio a Deus, Basiliora se estremeció sorprendida.

«... ¿Eh?».

Deus frunció el ceño mientras observaba a la pequeña serpiente.

Alon explicó: «Es Basiliora. ¿Recuerdas que te hablé brevemente de él cuando íbamos de camino a Lartania?».

Deus pensó por un momento antes de dar una palmada con el puño en la palma de la mano.

«Ah, claro. Tal y como has dicho, ahora es mucho más pequeño».

Deus inspeccionó a Basiliora con interés.

[¿Qué estás mirando?]

Basiliora, por su parte, se enfureció con hostilidad.



Un marcado contraste.

Al observar la situación, Alon se dio cuenta de algo.

«... Ah, eso tiene sentido».

Recordó que Deus había ayudado a capturar a Basiliora.

«No es de extrañar que albergue cierto resentimiento».

También recordó que Basiliora se abstuvo de arremeter contra él solo por Heinkel.

Alon asintió ligeramente con la cabeza en señal de comprensión.

—Hum.

Deus, imperturbable ante la reacción de Basiliora, se limitó a mirar a la pequeña criatura antes de comentar:

«Es bastante lindo así».

Él soltó una risita ahogada.

[¡¿QUÉ?! ¿Cómo se atreve un simple humano a decir que soy lindo?]



Basiliora entró en un frenesí total.

«¿Lindo?»

«Sí».

«¿Eso?».

A Alon le resultaba incomprendible.

A pesar de llevar a Basiliora a cuestas todos los días, nunca había pensado que fuera bonito.

«... Si acaso, el único lindo es Blackie, no... Ah».

De repente recordó cómo la hermana menor de Deus, Sili, había admirado a Blackie, mientras que el propio Deus se había mostrado indiferente.

«Así que esos son sus gustos...».

Al darse cuenta de eso, Alon simplemente asintió con la cabeza.

«Sí, esta insignificante cosa es bastante bonita».

[¡Raaaaaahhh!]

«... Ya veo».

Alon llegó a la conclusión de que el sentido de la estética de Deus era bastante peculiar.

En ese mismo momento...

En el Reino de Colonia...

«... Entonces, según tú, ¿podría existir realmente un «Dios Sabio»?».

«Más que podría existir, creo que es más preciso decir que el Dios Sabio realmente existe».

«¿Puedes asumir la responsabilidad de esa afirmación?».

«Sí».

Mientras Carmaxes III escuchaba la afirmación del erudito,

«... ¿Podría ser que el marqués Palatio fuera realmente un dios?».

Se encontró llegando a una conclusión extraña.